





BREVE HISTORIA
de la SOCIEDAD
ARGENTINA





FÉLIX LUNA

BREVE HISTORIA
de la SOCIEDAD
ARGENTINA



 *Editorial El Ateneo*

Luna, Félix

Breve historia de la sociedad argentina. - 2a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires. : El Ateneo, 2015.

232 p. ; 23x16 cm.

ISBN 978-950-02-0838-3

1. Historia Argentina. I. Título

CDD 982

Breve historia de la sociedad argentina

Félix Luna

© Herederos de Félix Luna, 2015

Derechos exclusivos de edición en castellano para todo el mundo

© Grupo ILHSA S.A. para su sello Editorial El Ateneo, 2015

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel.: (54 11) 4983 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

E-mail: editorial@elatenoo.com - www.editorialelateneo.com.ar

Diseño de tapa: Eduardo Ruiz

1ª edición: junio de 2009

2ª edición: marzo de 2015

ISBN 978-950-02-0838-3

Impreso en El Ateneo Grupo Impresor S. A.,
Comandante Spurr 631, Avellaneda,
provincia de Buenos Aires,
en marzo de 2015.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

Índice

| | |
|--|-----|
| <i>El último libro del maestro</i> | 11 |
| Algunas reflexiones iniciales | 15 |
| 1. La sociedad colonial | 17 |
| 2. Los años de la emancipación | 37 |
| 3. La sociedad bajo Rosas | 55 |
| 4. La gran apertura | 75 |
| 5. El país de la inmigración | 97 |
| 6. Las galas del Centenario | 121 |
| 7. Los años treinta | 145 |
| 8. La Argentina de la posguerra | 173 |
| 9. El balance de la "Revolución Libertadora" | 191 |
| 10. La década del setenta, la violencia | 209 |
| 11. La sociedad contemporánea | 223 |



*A Morena,
la flor de mi ancianidad*





El último libro del maestro

Yo le decía profesor. Y eso a él le gustaba. Por supuesto, tenía doctorados, era académico en el país y el exterior, tenía decenas de libros publicados y cinco décadas como director de *Todo es Historia*, la publicación más longeva de una Argentina llena de interrupciones, y era una voz respetada en los más diversos ámbitos de la comunidad. Pero Félix Luna era un hombre alejado de la pompa y el boato... y le gustaba mucho que le dijera profesor –los más cercanos le decían “Falucho”–, porque se identificaba con ese papel del docente que transmite ideas de modo sencillo ante grandes auditorios.

Fue él, sin duda, quien abrió nuevos caminos en la divulgación de la historia. Porque, aun miembro de una época –la de los años sesenta– que, conmovida por los cambios sociales y políticos de posguerra, originó toda una generación de nuevos científicos sociales –como Tulio Halperín Donghi, Ezequiel Gallo, Natalio Botana, César García Belsunce, José C. Chiaramonte, Carlos Floria y Torcuato Di Tella, por nombrar algunos de los más notables–, fue Félix Luna el que se animó a incursionar en ámbitos que excedieran el mundo académico y buscaran como interlocutor al público ávido de conocer, al lector interesado proveniente de otros ámbitos, y al docente inquieto por educar con nuevos aportes. Y así es que emergió de su genio una revista que podía presentar tanto ensayos con enfoques novedosos como historias menudas, y que valorizó las formas clásicas de la investigación así como los más diversos abordajes para contar los hechos del pasado, desde la historieta y el

humor o la fotografía hasta las crónicas de viajes, los relatos autobiográficos o las publicidades gráficas de antaño. Y, además, una revista que, como me dijo alguna vez Ezequiel Gallo, era un cobijo generoso para los historiadores que tenían algo para publicar y no encontraban dónde hacerlo: las páginas de la revista estaban abiertas a historiadores de diversas corrientes historiográficas y de ideologías muy diversas, incluso las “censuradas” en otros ámbitos. Del mismo modo fue un pionero en la exploración de nuevos formatos, como la edición de fascículos coleccionables o la preparación de libros adaptados para la venta en kioscos de diarios: miles de argentinos nutrieron sus bibliotecas con trabajos de su iniciativa y dirección, un material de consulta accesible y siempre a mano.

Para el profesor Félix Luna, el gran revisionista que no necesitaba revisarlo todo, “toda era historia” y eso lo llevó a recorrer senderos nuevos. A veces me atreví a decirle que solo con haber escrito las letras del disco *Mujeres argentinas* –y en especial su “Alfonsina”–, su vida cobraba sentido, dejaba una herencia preciosa ... y él, ya anciano, se sonrojaba y respondía en voz baja y con tono sencillo: “No es para tanto...”.

De esa relación de confianza creciente, entre un alumno que preguntaba casi con ingenuidad buscando su aprobación y un profesor de gesto sabio, y con decenas de vasos de agua fresca intercambiados en una larga serie de cálidas jornadas en su estudio de la calle Reconquista –cuando la peatonal recién se comenzaba a trazar–, nació este libro, su *Breve historia de la sociedad argentina*, su último breve pero gran aporte a la historiografía nacional.

La Editorial El Ateneo tenía un importante proyecto y el profesor Luna se sumó a él con esta obra que, finalmente, sería su escrito póstumo: él quería sintetizar sus pareceres sobre el pasado porque le preocupaba el futuro, porque veía un proceso de decadencia que lo inquietaba. Y, entonces, nada mejor que

ir hacia lo más profundo, una *historia social*, para resumir decenas de años de trabajo como investigador, editor, publicista, periodista, poeta, ávido lector, hombre de la cultura y de la política con mayúsculas. Sí, le preocupaba la sociedad. Indagaba en ella buscando que acertara a dar las respuestas atinadas para cambiar el rumbo, para dar un golpe de timón que volviera a poner a la Argentina en su lugar soñado; su mirada –de modo elocuente– tenía algo de desazón. Recordando aquellos años solía comparar nuestro presente con el Brasil y se lamentaba: “¿Sabe usted que a principios de los sesenta superábamos a Brasil en todos los índices de desarrollo humano?”. Y esa era una sensación que compartía con aquellos de su generación que, cuando jóvenes, habían vivido intensamente un momento de cambio social, en su caso, acompañando a quienes se presentaron como una superación de las antiguas antinomias –como peronismo-radicalismo–, tal el caso de Arturo Frondizi, desde su punto de vista, una gran oportunidad perdida.

Este libro es, por lo tanto, un testimonio y un homenaje. Félix Luna, como profesor notable, deja sus palabras maduras tras varias décadas de intensa y variada labor intelectual, con visiones que iluminan el futuro argentino hacia un destino de grandeza –aquel destino soñado– y la Editorial El Ateneo, centenaria ya, recogiendo el legado del más notable de los historiadores argentinos. Desde la colonia hasta la primera década del siglo XXI, el recorrido trazado por Luna es ameno y apasionante: las mutaciones de la sociedad argentina y sus diversas etapas son pintadas como en un extenso fresco de un muralista; el lector tiene en sus manos una historia para disfrutar con sus colores y matices... y que lo dejará pensando en sus claroscuros.



Algunas reflexiones iniciales

La sociedad argentina, como todas las sociedades, no es estática ni inmóvil. Se mueve, cambia, asume en una época rasgos que la caracterizan y después los modifica. Por consiguiente, es imposible saber cómo será en el futuro, pero esperamos que evolucione con fidelidad a la democracia, la tolerancia, el respeto por el otro, la paz.

Estos elementos son los que van a fortificar una sociedad que hasta ahora, un poco intuitivamente, ha demostrado adhesión a estos valores, si bien no ha tenido oportunidad de defenderlos a fondo. Hay síntomas positivos y es evidente que la sociedad argentina se siente respaldada por esos valores, y cuando consigue rescatarlos se producen explosiones de alegría, de entusiasmo, como pasó en diciembre de 1983 al recuperarse la democracia. Esa alegría encierra siempre valores muy positivos respecto de la solidaridad, del compromiso social, del “sentirse parte” de un mismo destino común, de un mismo conglomerado social; favorece la lucha contra la segmentación, la violencia y las fracturas sociales, que han sido tan dañinas en nuestro pasado.

Si la evolución de la sociedad va en esa dirección, afirmando los valores democráticos más profundos que implican, como dijimos, el ejercicio pleno de la tolerancia, la convivencia positiva basada en el respeto por el otro y un inalterable compromiso con la paz, habrán fructificado las semillas que fueron depositadas a través del tiempo. Porque esa es la función de la Historia: modificar grupos humanos mediante la

incorporación sucesiva de elementos que le dan carácter e identidad.

Esperamos que nuestra sociedad se perfeccione con el tiempo, sea mejor, digna de los esfuerzos de quienes nos precedieron, y que las malas experiencias que hemos vivido sirvan de advertencia para no repetir las.

FÉLIX LUNA



1. La sociedad colonial

Una historia de la sociedad argentina debería remontarse a más de diez mil años de poblamiento desde que los primeros pueblos arribaron a estas tierras. Sin embargo, los estudios de antropólogos, arqueólogos e historiadores no han conseguido reconstruir más que parcialmente nuestra prehistoria.

En términos generales, ignoramos en lo esencial qué características tenían las sociedades indígenas prehispánicas. Los objetos de diversas culturas que han llegado hasta nosotros apenas si transmiten sus habilidades artesanales, su sentido estético y sus creencias metafísicas, pero no arrojan luz sobre la estructuración de sus comunidades. De modo que debemos prescindir de este requisito de la historia social para pasar a referirnos a lo que llamamos el poblamiento de nuestro territorio, realizado por los españoles en los siglos XVI, XVII y XVIII.

El Tucumán y el Litoral

Si bien la matriz trasladada al nuevo continente fue la misma, es decir, la de España, las características del poblamiento español fueron diferentes según su asiento, según si se lo realizó en el antiguo Tucumán o en el Litoral.

En efecto, en las ciudades que se fueron fundando en el antiguo Tucumán prevaleció un sistema más “feudal”, una suerte de intento de revivir las características de la sociedad española en tiempos del descubrimiento y la conquista.

Los españoles que llegaron a estas tierras no encontraron minas ni riquezas de ninguna clase, y solamente tuvieron la mano de obra gratuita de las encomiendas como compensación. Las familias fundadoras se basaron, entonces, en los valores predominantes en España: el sentido del honor, la fidelidad a la Corona y, sobre todo, un hondo sentido religioso o, más bien, una profunda adhesión a la Iglesia católica.

Así, los primeros poblamientos se caracterizaron por mantener el derecho de primogenitura, pasando las encomiendas del padre al hijo mayor, en contraposición a la tendencia, legislada ya en esa época, de una igualdad de reparto de los bienes en caso de sucesión.

Se le daba mucha importancia a la pureza de sangre y al linaje. En consecuencia, las cuestiones de honor eran permanentes y daban lugar a una serie de pleitos, todo lo cual da idea de una sociedad conservadora, característica que se acentuaba por el aislamiento en que vivían. Sin embargo, los integrantes tenían una gran movilidad física y social.

Los negocios, generalmente de hacienda vacuna o yeguariza, se extendían por todo el territorio del antiguo Tucumán y llegaban hasta el Alto Perú y al Perú mismo.

Por el contrario, los asentamientos en el Litoral, en especial en Buenos Aires, nos detallan la existencia de familias que, sin olvidar la matriz de origen, eran más abiertas y más receptivas de las novedades que venían desde Europa, sobre todo a fines del siglo XVIII. En definitiva, más plebeyas, y con una característica muy importante: la inexistencia de encomiendas, por lo que el trabajo servil tenían que hacerlo los mismos españoles o sus esclavos, que eran costosos. Sin embargo, no existían los pruritos aristocráticos del interior ni la obsesión por el linaje o la pureza de sangre que marcaban la existencia de las familias en la gobernación del Tucumán.

Así, en aquella región –la mayor parte del actual territorio argentino– se fue estructurando una sociedad fuertemente estratificada, constituida por castas bien delimitadas: la aristocracia, los blancos libres y los afroindios, con sus distintas variantes de mestizaje.

Cuenta Concolorcorvo¹ que, en la ciudad de Córdoba, las señoras de la alta sociedad local se juntaron para darle una paliza a una mestiza que se había engalanado con prendas que no correspondían a su clase. Esto hubiera sido imposible de pensar en Buenos Aires, una sociedad relativamente más abierta, donde el sistema de castas también funcionaba, pero donde no existían los extremos prejuicios imperantes en otras regiones del virreinato. Tampoco un hecho así podría haber sucedido en Santa Fe, que era una población más parecida a la de Buenos Aires.

En la zona del Plata, las fortunas, muchas de ellas provenientes del contrabando, daban lustre a quienes las conseguían sin tener en cuenta sus antecedentes familiares o personales.

Un caso típico es el de Martín de Álzaga, enviado por su familia a Buenos Aires a los quince años, como consignado a una casa de comercio que, con el tiempo, fue atendiendo hasta vincularse por casamiento con la familia de su patrón. Llegó a

1. Concolorcorvo, cuyo verdadero nombre era Alonso Carrió de la Vandra, nació en Gijón (España) en 1715 y falleció hacia 1780. En *Lazarillo de ciegos caminantes*, publicado en Lima en 1773, narra un viaje realizado entre Lima y Buenos Aires. Gran observador y comentarista crítico, supo describir con agudeza los claroscuros de la sociedad colonial y la obra es un valioso testimonio para conocer las costumbres, los hábitos y los personajes de los diversos sectores sociales y las regiones de esta parte del antiguo Virreinato del Perú. Durante mucho tiempo se atribuyó el *Lazarillo...* al mestizo Calixto Bustamante Carlos Inca, pero recientes investigaciones de Marcelo Bataillon han precisado el origen de la obra.

ocupar cargos en el Cabildo y cumplió un rol preponderante en la sociedad porteña. Así se fueron componiendo dos tipos de sociedad que habrían de convivir durante el virreinato.

No obstante, por sobre las características distintivas de unas y otras, existían categorías que les eran comunes: fidelidad a la Corona, adhesión a la Iglesia y a los valores tradicionales, una sociedad que, como decía Ricardo Levene, contenía en su seno los agentes de cambio más poderosos, que actuarían cuando las condiciones lo hicieran posible.

Respecto de las costumbres, las dos sociedades tenían las mismas actividades sociales, casi todas de carácter religioso, y desdeñaban la naturaleza como fuente de recreación. Las dos, con mínimos matices, comían los mismos manjares, en su mayoría derivados de la tierra, atendiendo a que en la época no había forma de conservar los alimentos por medio del frío. La elaboración de los platos más tradicionales, como la mazamorra, o los dulces, como el de membrillo, era mayoritariamente de tipo doméstica, para el consumo de la propia familia, aunque había algunos productos que se preparaban en las chacras donde la mano de obra era totalmente gratuita o muy barata, y que hacían las delicias de los comensales, como el dulce de leche y el de zapallo, variados tipos de alfajores, entre otros productos. El aceite, que en la enseñanza escolar se asocia a la Defensa durante la invasión británica, era de producción solo doméstica, para el consumo. Para cocinar se usaba grasa o, sencillamente, agua.

Toda la industria era aún muy incipiente: se hacían carretas en Tucumán, vinos y aguardientes en Mendoza, se instalaron algunos saladeros de carne en la campaña de Buenos Aires, pero a una escala que no puede llamarse, propiamente, industrial. La exportación de tasajo a los Estados Unidos y a Cuba, por ejemplo, alcanza cierta importancia recién después de la Revolución de Mayo.

Escasa vida social

Es importante destacar que no existía la diversión como objetivo de una actividad. En todo caso, esta tenía un carácter marginal, y dependía de la realización de una festividad cívica o actividad religiosa. La gente, por fuera de esos acontecimientos, se divertía muy poco y tenía una vida anodina centrada casi exclusivamente en su trabajo y la familia. Esto se modificó un poco cuando Buenos Aires se convierte en capital virreinal y se hacen esporádicas reuniones sociales –las tertulias en casas de familias distinguidas–, junto con la organización de algunas corridas de toros, que despertaban mucho interés, así como las primeras funciones teatrales. Las obras criollas pioneras “Siripo” y “La inclusa” fueron escritas por Manuel de Lavardén,² a quien bien se puede llamar el primer dramaturgo argentino. Lamentablemente, los originales de esas obras, que tuvieron mucho éxito según las crónicas de la época, se perdieron en el incendio del Teatro de la Ranchería.

Los amores eran celosamente custodiados y su concreción dependía más de los padres que de los propios contrayentes. Fue muy resonante el pedido de Mariquita Sánchez cuando hizo el juicio de disenso para casarse con el hombre a quien amaba –Martín Thompson– y no con el que sus padres le querían imponer. Hubo muchos de estos juicios –más de los que se piensa–, como también muchos juicios de divorcio, que obraban en el archivo eclesiástico de Buenos Aires, que fue incendiado en junio de 1955. Allí constaban las innumerables

2. Manuel José de Lavardén (1754-1809) inició sus estudios en Buenos Aires, los continuó en Chuquisaca y los completó en España, donde se graduó de abogado. De regreso en el Río de la Plata, trabajó como maestro, administrador de saladeros y mayordomo, hasta destacarse como dramaturgo y poeta.

causas que justificaban la separación de los esposos, aunque, desde ya, no les otorgaban el derecho a casarse nuevamente. Contra lo que se piensa, los resultados de esos juicios eran bastante favorables. Raúl Molina escribió un libro sobre ese tema, que, aunque se centra en una visión histórica de la cuestión, no deja de tener su toque picaresco haciendo un resumen de esos procesos.

Otro tema importante era el de la instrucción. Los estudios primarios o elementales se cursaban en los conventos o, en su defecto, en las propias casas, donde las mujeres cumplían su rol como transmisoras de la cultura. Aunque se suele asegurar lo contrario, muchas mujeres, ya en el siglo XVIII, sabían leer y escribir o, por lo menos, sabían firmar. Por otra parte, se consideraba que saber leer y escribir y dominar las cuatro operaciones básicas bastaban para hacer frente a las responsabilidades normales de la vida.

Eran muy pocos los que iniciaban estudios superiores. En el actual territorio argentino había una sola universidad, la de Córdoba, y quien quisiera acceder a un título terciario –como diríamos hoy– debía ir, como alternativas, hasta el Alto Perú o a Chile. Respecto de este tema cabe señalar que durante mucho tiempo las diferencias de enfoque entre las distintas casas de estudio no fueron notables. Solo en los últimos años del Virreinato del Río de la Plata comenzó a existir alguna distinción entre las universidades de Córdoba y de Chuquisaca. La del Alto Perú se hizo más receptiva cuando las ideas de la Revolución Francesa llegaron a estas playas, pero, en lo general, no había mayores diferencias en las formas de estudiar y en los contenidos de los planes de estudio.

Buenos Aires, a pesar de algunos intentos, no plasmó una universidad. La burocracia española era muy pesada en ciertos temas y nunca dio trámite o se preocupó seriamente por crear una universidad en Buenos Aires. Siempre estuvo la idea de

que el Real Colegio de San Carlos³ –en el mismo solar donde ahora funciona el Colegio Nacional de Buenos Aires– iba a ser el instituto que funcionaría como antecedente de una futura universidad, pero eso no se concretó sino bastante después de la Revolución de Mayo, con el gobierno de Rivadavia y Martín Rodríguez, en 1821.⁴ A pesar de ello, Buenos Aires acunó a una minoría ilustrada que estaba mucho más al corriente de lo que sucedía en Europa, y las ideas que provenían de allá prendían más fácilmente en la sociedad porteña. Las comunidades del interior, de hecho, vivían en un mayor aislamiento.

Distinta era la vida rural, que tuvo su desarrollo principalmente en la provincia de Buenos Aires, en los pequeños pueblos que hoy son ciudades importantes, como Monte, Navarro, Luján, Mercedes, San Andrés de Giles, San Antonio de Areco. Allí se vivía siempre en peligro por las invasiones de los indios, con los cuales, en la época colonial, hubo largos períodos de paz, pero también etapas de hostilidades recíprocas.

Por otra parte, esa vida rural era muy bárbara; no había contacto con factores culturales y la gente llevaba a sus familias a lugares que obraban como centros de civilización (las futuras estancias), con trabajos de tipo primitivo, relacionados sobre todo con la cría de ganado y la agricultura. Esta última prosperó gracias a la cercanía con la ciudad de Buenos Aires, el mercado obligado de esas producciones.

Siempre se ha pensado que en las inmediaciones de Buenos Aires el trabajo agropecuario se dirigía más hacia la ganadería, pero estudios posteriores han matizado este concepto y hoy se sabe que también había agricultores, algunos

3. Llevaba ese nombre en homenaje al rey Carlos III.

4. El Colegio Nacional de Buenos Aires, dependiente de la Universidad de Buenos Aires, fue creado en 1863, bajo la presidencia de Bartolomé Mitre.

intensivos, de cereales principalmente, como trigo, maíz, avena, centeno, alfalfa... Alrededor de la ciudad, en cambio, había huertas y quintas, con cultivos de verduras, frutales y hortalizas.

Volviendo a la ciudad de Buenos Aires, es preciso destacar que, si bien no implicó un cambio brusco, su designación como capital virreinal en 1776 produjo algunas innovaciones importantes, lentas y progresivas, no tanto por ser sede del gobierno sino por las mejoras que acarreó: alumbrado, empedrado y algunos adelantos de tipo sanitario, aunque la ciudad, desde el punto de vista de la higiene, siguió siendo muy deficitaria, como en todos lados. Era un paisaje normal, por ejemplo, que hubiera animales muertos abandonados en las calles. No obstante, teniendo en cuenta las condiciones en que se vivía, el agua que se tomaba, la falta de cloacas y de sumideros, no hubo grandes pestes que asolaran a la población.

El empedrado fue una mejora pero, vale aclarar, cubría unas pocas cuadras y el emplazamiento de las piedras era precario, sin una base sólida.

Las ciudades del interior y la aparición del gaucho

Mendoza siempre fue una ciudad privilegiada por la cantidad de agua de que disponía y los españoles la aprovecharon muy bien. Hicieron una red de riego importante, muy útil. Además, Mendoza era el lugar al que llegaban los viajeros de Buenos Aires que iban hacia el oeste. De modo que esa gente llegaba virtualmente “con la lengua afuera” después de la larga travesía de casi un mes, que se realizaba, normalmente, en carreta. Llegar a Mendoza, en consecuencia, era una especie de objetivo soñado por los viajeros. Por otra parte, la ciudad era pequeña pero muy activa, con un comercio importante y

una gran vinculación con los mercados de Chile, ya que la cordillera no constituía un obstáculo para los comerciantes.

Las ciudades del Norte tenían también sus particularidades. Las poblaciones de Salta, Tucumán y Santiago del Estero configuraban sociedades de algún modo anacrónicas, porque dejaron de tener encomiendas, que era lo que facilitaba la vida de los españoles en la primera época. El fin de la encomienda implicó para los pobladores tener que arreglarse por sí solos y convertirse en arrieros o troperos, afrontando además los trabajos rurales, actividades en las que se irá fraguando la idea del gaucho, un criollo –no un mestizo– que conservará muchos de los valores de la época hispana y que se volverá habilidoso en las tareas rurales por imperio de las circunstancias. Cuando se acaban las encomiendas –llamadas “de dos vidas”, porque cesaban en la tercera generación– y se produce la extinción de los indios, los pobladores tuvieron que prescindir de sus prejuicios sobre el trabajo manual y hacerse cargo ellos mismos de trabajos que antes realizaban los indios encomendados.

Ya a mediados del siglo XVIII esas encomiendas desaparecen y se empieza a perfilar el *gauderio*, personaje que después será el gaucho y que fue tan bien retratado por Concolorcorvo en su viaje por el interior del país hasta el Alto Perú.

En este marco, debemos establecer ciertos matices. Salta, por ejemplo, dibuja un perfil más aristocrático que el resto, porque allí vivían algunas familias que se enriquecerán con el tráfico de mulas y tenderán a conservar una actitud distinguida. Salta y el hermoso valle de Lerma servían para renovar las tropas de mulas en marcha hacia el Potosí.

Hacia fines del siglo XVIII, los socavones de minerales del cerro estaban casi agotados, de modo que el tráfico disminuye y esto repercute en Salta y todo el Noroeste argentino. Igualmente, en Salta había un enorme mercado de mulas

que se usaban para el transporte y el arreo de mercaderías, por lo cual la crisis del fin de la minería no fue tan drástica.

El mate

El mate es una de las mayores tradiciones argentinas y ya en la colonia se consumía mucho. Fue patrocinado, podría decirse, por los padres jesuitas, que hicieron de la yerba mate uno de los rubros más importantes de las explotaciones en sus misiones. No era, en consecuencia, solo un entretenimiento sino también una fuente de riquezas muy grande. En todo el Cono Sur de América se mateaba del mismo modo en que ha perdurado como costumbre, con el mate y la bombilla. En el museo Fernández Blanco se exhiben ejemplares de mates de plata muy bonitos realizados por artesanos, lo que demuestra que el hecho de matear no solo era un hábito sino también un signo de riqueza o, incluso, de lujo, eventualmente.

Cabe mencionar que hubo gente que estuvo en contra del mate afirmando que era un instrumento de holgazanería y de pereza, pero los jesuitas defendieron con mucho énfasis y ardor esa costumbre, que, por otro lado, registra antecedentes entre los aborígenes guaraníes de la región de las misiones.

Y así como los jesuitas recogieron y desarrollaron esta tradición, es preciso destacar la extraordinaria tarea que desplegaron, aunque fuera una experiencia de algún modo aislada del resto de la sociedad colonial.

Más allá de que el proyecto de las misiones tuviera una intención de preponderancia política, la incorporación del aborígen en la vida civilizada y la instrucción que recibieron en diversos temas –entre ellos la música– hacen que uno deba mirar con admiración la labor desplegada. Tal vez el error fue ser demasiado poderosos, demasiado ricos, y eso, naturalmen-

te, incitó los celos de la Corona, que no podía permitir un Estado dentro del Estado, como eran, de hecho, las misiones de la región del actual Paraguay, nuestra provincia de Misiones y los territorios aledaños.

La vestimenta... y el contrabando

Las formas de vestir diferían notablemente entre la ciudad y el campo y, a veces, también entre las diversas castas a las que pertenecían los usuarios. Hay que pensar en el tremendo aislamiento en que se vivía en Buenos Aires, y aún más en las otras ciudades del virreinato. De modo que las modas llegaban con años de atraso y los géneros eran consumidos con avidez por los habitantes de la colonia.

El contrabando introducía, sobre todo, telas inglesas. El comienzo de la revolución industrial permitió que los ingleses desarrollaran nuevos telares mecánicos que producían gran cantidad de telas, con relativa baratura.

De celos y rivalidades

Otro tema de relevancia histórica es el desarrollo de una creciente rivalidad entre las sociedades de Buenos Aires y Montevideo. En 1806, el Consulado de Buenos Aires se opone a que se erija un faro en la entrada del puerto de Montevideo, con el argumento de que no era necesario. ¡Claro que era necesario! La realidad es que Montevideo le hacía competencia al puerto de Buenos Aires, que no existía como tal, geográficamente hablando. Era solo una inmensa rada de poca profundidad, donde descargaban las mercaderías y bajaban los pasajeros. Lo contrario de Montevideo, un magnífico puerto bien abrigado.

Este tema era decisivo y distanciaría a ambas ciudades, más allá de otras cuestiones culturales o sociales de menor incidencia. De cualquier modo, si bien el puerto de Montevideo apuntaba mejor hacia Europa, presentaba una gran dificultad: los ríos Paraná y Uruguay, que había que atravesar para llegar con mercaderías desde la Banda Oriental del Plata.

Un párrafo especial merece la historia de Colonia del Sacramento. Asentada en la otra banda del río, casi frente a Buenos Aires, España la conquistó varias veces militarmente y otra tantas la perdió diplomáticamente. De modo que la impronta portuguesa en Colonia se aprecia todavía y es característica en las mayólicas, las baldosas coloreadas, la traza de las calles, la muralla –de la que hoy existe solo una pequeña porción–, la casa del gobernador y la iglesia, todas construcciones que hablan de la industria y la laboriosidad del pueblo lusitano. Evidentemente, Colonia tiene la marca de esa fundación portuguesa en una zona que indiscutiblemente era española. Por eso, la presencia portuguesa, políticamente hablando, estaba condenada al fracaso.

España no podía tolerar la presencia de Portugal tan cerca de Buenos Aires y, desde ese punto de vista, Colonia, como dominio portugués, estaba condenada a la desaparición.

De mestizos y negros

Mestizaje

El ideal de la política de la Corona era que los españoles se casaran con españolas, los indios con indias y los negros con negras. La fuerza de la naturaleza hizo que en el actual territorio argentino, como en la mayor parte de América, este ideal no tuviera visos de realización.

Hasta principios del siglo xvii existía una separación de los grupos étnicos, pero en el resto del siglo, y más durante el xviii, ya había una complicada nomenclatura de castas, indicativa de las mezclas operadas: mulatos, zambos, pardos, morenos, mestizos, etcétera. Hay que recordar que dentro de la población esclava solo un tercio estaba integrado por mujeres, y que las mujeres negras preferían unirse ilegalmente a un blanco antes que casarse legalmente con un hombre de su color. La intención era que sus hijos no fueran esclavos, pues era una costumbre extendida que los amos dieran la libertad a los hijos que engendraban sus esclavas. El varón negro, entonces, encontraba más fácil unirse con indias o mestizas y así se iba produciendo un paulatino pase de “la línea de color”: en cruces sucesivos, las características negroides se van diluyendo y esta dilución se acentúa con cierta aculturación que llega a la forma de vestirse y de hablar.

La mayoría de las veces, las uniones interraciales no fueron consagradas por la Iglesia; en general, el mestizaje fue producto de uniones libres. Aunque la Iglesia se oponía al concubinato, le preocupaban menos estas situaciones en las castas de color que entre los blancos, donde constituían escándalos. En el escenario rural, sobre todo, era casi imposible controlar las uniones ilegales. En 1768, el obispo del Tucumán se quejaba al rey de que “en los campos, en donde juzgaba serían las gentes más inocentes y sencillas, hallo más desenfadada relajación que en las ciudades”. [...]

Se unen y se divierten

Es un lugar común afirmar que en el Río de la Plata y el Tucumán los esclavos disfrutaron de una cautividad mucho más liviana y soportable que en otras partes del continente. La explicación de esta realidad histórica reside en el hecho de que

aquí no hubo plantaciones y, en consecuencia, como se ha dicho, muchos de los negros sirvieron en tareas domésticas o artesanales, en contacto con sus amos.

A esta condición relativamente soportable, hay que sumar las actividades lúdicas y religiosas que realizaban grupalmente. Los negros se congregaban en distintas cofradías y hermandades de iglesias y conventos para sostener el culto de un santo o una advocación determinada. [...]

De las cofradías se fue pasando insensiblemente a las “naciones”, agrupaciones que se fueron formando no ya en torno de una devoción común sino de un origen común: los cambunda, los benguela, los lubolo, los angola, los congos... A fines del período colonial estas “naciones” se van a convertir en un elemento visible y hasta ruidoso de la vida comunitaria de origen africano. No sustituían a las cofradías, coexistían con ellas, pero las “naciones” hacían posible una mayor participación en las decisiones de sus miembros. Recaudaban fondos para rescatar a sus hermanos de raza todavía esclavos, comprar viviendas, pagar bailes y otras actividades lúdicas. Tenían poder sobre sus finanzas y a veces se ocupaban de la educación de los niños de color y del aprendizaje de oficios. Fueron estas “naciones” las que introdujeron, en las postrimerías de la etapa colonial, una cantidad de elementos de diversión en forma de música y de bailes. [...]

Solo dos condiciones se establecían para que los candombes pudieran realizarse legalmente: aceptar la vigilancia policial y abstenerse de coronar un “rey”.

En 1787 un joven de la “nación” congo, Pedro Duarte, se prestó a la parodia de ser coronado con una sombrilla y una diadema, y esto motivó la intervención de las autoridades y la apresurada retractación del esclavo.

Es claro que los candombes motivaban prejuicios y temores. En varias ocasiones el Cabildo de Buenos Aires se quejó an-

te el virrey argumentando razones “morales, económicas y políticas”. Morales: los movimientos lascivos y lujuriosos de los bailarines, que podían corromper a las niñas e inocentes que los presenciaban. Económicas: con estas fiestas, los esclavos “eluden los deberes y no piensan otra cosa sino en la hora de ir a bailar”. Políticas: el temor que inspiraban estas grandes reuniones de africanos, pues un informe de 1778 señala que a estas danzas asistían regularmente hasta dos mil personas. [...]

Estos bailes, la música y el ritmo que los acompañaban, la elemental alegría que rodeaba las fiestas, la naturalidad en la exhibición del cuerpo, la risa tendida y el grito casi salvaje fueron aportes pequeños pero continuos a la formación de una cultura popular todavía sin forma ni sentido. Pero es indudable que estas descargas y el mestizaje que iba acompañando silenciosamente la evolución de los pueblos instalados en el actual territorio argentino fueron elementos básicos para modelar la sociedad del futuro.

Félix Luna, *Historia integral de la Argentina*, tomo 2, Planeta, Buenos Aires, 1995.

Arquitectura: ¿con piedras o sin ellas?

Buenos Aires tenía construcciones pobres por una razón: la falta de piedra en esa zona. Se construía con adobe y eso le daba escasa durabilidad y vulnerabilidad a toda la arquitectura. Prácticamente no existen en la actualidad construcciones que evidencien el trabajo y las fornituras típicas del barroco. No han perdurado obras que ilustren el período barroco como en otros lugares, en la misma época, ni tampoco los detalles clasicistas que surgieron después. En realidad, el gran

arquitecto fue un jesuita, el constructor de la iglesia de San Ignacio en Buenos Aires.⁵

En las misiones, en cambio, justamente por la existencia de piedra, se pudieron hacer obras formidables, lo mismo que en Córdoba, como la iglesia Santa Catalina, que es espléndida, y varias construcciones civiles que aún perduran y son muy importantes.

La diferencia en la arquitectura colonial se debe fundamentalmente a esa razón: la facilidad de trasladar piedra. Los ladrillos de los antiguos hornos de barro implicaban mayor trabajo y, también, mayores costos, por la mano de obra y el procesado de la arcilla y el barro.

La generación de Mayo

¿Quiénes fueron aquellos hombres que, fogueados en los combates —militares y políticos— de 1806 y 1807, se agruparon para animar el movimiento de Mayo de 1810? Figuran en los textos escolares conocidos por todos como Saavedra, Castelli, Belgrano, Moreno, personas que desempeñaron un papel relevante en la revolución. Era gente de clase media, algunos de ellos comerciantes y otros, abogados, parte de esa clase profesional de Buenos Aires que tanto inquietaba y que no gustaba en el interior del país y el Alto Perú. Muchas veces, en las filas realistas, se cita a los “abogados de Buenos Aires” como aquellos imbuidos de las ideas de la Revolución

5. Tras su fachada barroca, en el interior predominan el amoblamiento, las imágenes y las pinturas con piezas del siglo XVIII. El primer templo de adobe, dedicado al fundador de la Compañía de Jesús, se concluyó en 1675, y en la obra colaboraron los jesuitas Bianchi, Wolff, Primoli y Weger. Consagrada en 1734, la iglesia fue catedral entre 1775 y 1791, tras la expulsión de los jesuitas. Está ubicada en las calles Bolívar y Alsina.

Francesa, adquiridas en la Universidad de Chuquisaca, o en Chile. Ellos sintetizan la famosa idea de Ricardo Levene que ya mencionamos, cuando afirmó que la sociedad porteña contenía dentro de sí, en la época virreinal, los agentes de cambio más poderosos, que se pondrían en acción cuando las circunstancias lo hicieran posible.

Era un grupo de gente esclarecido para la época, que percibía lo absurdo de mantener la dependencia colonial de una España empobrecida, en decadencia, y que aspiraba a poner en marcha una serie de ideas dentro de un país independiente. Con sus matices, desde Saavedra hasta Moreno, los dos extremos ideológicos en la Primera Junta, a pesar del antagonismo, había una unidad de conceptos y pertenecían a un mismo grupo social. Ninguno de ellos era rico, aunque algunos, como Saavedra, Azcuénaga y Larrea, gozaban de una posición económica más acomodada.

La visión crítica de una mujer de avanzada

Para cerrar este capítulo, es interesante aportar la visión de Mariquita Sánchez, una de las jóvenes más lúcidas de la última etapa de la Argentina colonial.

Cuánto tiempo hace que me pides una noticia sobre lo que eran estos países antes de la venida de Beresford [...], te contaré lo que crea te puede divertir o interesar.

Estos países, como sabes, fueron 300 años colonias españolas. El sistema más prolijo y más admirable fue formado y ejecutado con gran sabiduría. Nada fue hecho sin profunda reflexión. Tres cadenas sujetaron este gran continente a su Metrópoli: el Terror, la Ignorancia y la Religión Católica. De padres a hijos se transmitió con

pavor. La Revolución del Cuzco, los castigos que se habían dado a los conspiradores y el suplicio al heredero del trono de los Incas, o jefe supuesto de la Revolución, de atarlo vivo sobre cuatro caballos y hacerlo así despedazar en la plaza de Oruro. Me tiembla el pulso y el corazón solo al escribirlo, y fueron cristianos católicos romanos los que tal mandaron y ejecutaron. Y era la religión de Cristo, toda dulzura y piedad, lo que se venía a enseñar a estas grandes poblaciones de infieles. Este solo hecho basta para aterrar, y una vigilancia incansable sobre el menor indicio imponía siempre, nadie podía olvidarse de su posición: dado el primer paso del Terror poco hay que hacer para mantenerlo; los que han vivido bajo su peso podrán comprenderlo.

La Ignorancia era perfectamente sostenida. No había maestros para nada, no había libros sino de devoción e insignificantes, había una comisión del Santo Oficio para revisar todos los libros que venían, a pesar que venían de España, donde había las mismas persecuciones [...].

Para las mujeres había varias escuelas que ni el nombre de tales les darían ahora. La más formal donde iba todo lo más notable era una vieja casa [...]. La dirigía doña Francisca López, concurrían varones y mujeres. Niñas desde cinco años y niños varones hasta quince, separados en dos salas, cada uno llevaba de su casa una silla de paja muy ordinaria hechas en el país, de sauce; este era todo el amoblamiento, el tintero, un pocillo, una mesa muy tosca donde escribían los varones primero y después las niñas. Debo admitir que no todos los padres querían que supieran escribir las niñas porque no escribieran a los hombres [...] todo lo que se enseñaba era leer y escribir y las cuatro primeras reglas de la aritmética, y a las mujeres coser y marcar [...]. Había algunos pardos que

enseñaban la música y el piano, este era el solo adorno para las niñas. No puedes imaginarte la vigilancia de los padres para impedir el trato de las niñas con los caballeros, y en suma, en todas las clases de la sociedad había vanidad en las madres de familia en este punto.

La dicha de los padres era tener una hija monja, un sacerdote, y la sociedad giraba sobre esta tendencia. [...] Las salas de las casas ricas estaban con sillas de jacarandá, damascos, ricas alfombras venidas de España, por encargo. Pero estas salas se usaban en ciertos días; todo el año se recibía en el aposento o en una salita que había en el patio, enfrente de la calle, para vigilar la casa mejor.

En estas salitas: el duro suelo, una mesa con un nicho con alguna imagen, jaulas de pájaros y loros, una mesa de costura, un porrón de agua y un vaso pronto para si se pedía, unas sillas de paja muy ordinarias; era todo. [...]

Había mucha escasez de muebles, que eran muy ordinarios. Es cierto que había mucha plata labrada, pero esta era indispensable. La loza era muy cara y muy escasa; de modo que era una economía tener una docena de platos, unas fuentes y lo demás no con gran profusión. [...]

Las provincias tenían un gran comercio. Córdoba surtía de bayetas, frazadas finas y ordinarias, ponchos, de unas alfombras que decían 'chuses'. De Corrientes venían unos lienzos que les decían tucuyos, costaba dos reales la vara y era de lo que se vestía la gente pobre; porque el género blanco más ordinario costaba un peso y seis reales.

En las provincias había industrias; en Buenos Aires, ninguna. De Mendoza venían alfombras para ir a la iglesia, hechas allí con mucho ingenio. También hilaban las lanas y las teñían de los colores más hermosos y hacían las alfombras de relieve, lo que era muy estimado. Venía de Mendoza mucha cantidad de frutas secadas riquísimas.

Las pasas de uvas secas a la sombra eran muy estimadas; tenían todo el gusto y eran verdes a la vista. Traían ricos dulces muy apreciados entonces, sobre todo, por ser de frutas como guindas y ciruelas, que había muy pocas. Traían aceitunas muy ricas, compuestas y secas como las francesas. Muchas almendras y nueces; arropes, que eran unos dulces hechos con higos en lugar de azúcar. Traían vinos de varias clases, preferidos por el pueblo al carlón, que era el vino que se traía para el consumo, desde España. Venían de San Juan tropas de mulas con barriles de vino fuerte, imitando al Madeira, muy claro, pero con mucho aguardiente. De Córdoba venían también muy ricos dulces y cosas de azúcar, hechas de un modo muy original: tazas, zapatos, muñecas, confites, cosas muy estimadas. Venían de Salta ricos pañuelos bordados de Cambray, era muy apreciada y celebrada como regalo.

No había sino una fonda: de los Tres Reyes, en la calle que es ahora el 25 de Mayo; había tan pocos transeúntes que no había necesidad.

Había también, una confitería francesa en la calle San Francisco. Había otros cafés, pero poca cosa, era más para jugar billar y conversar.

Una de las diversiones más general era el reñidero de gallos. La vida era muy triste y monótona.⁶

Hasta aquí, Mariquita Sánchez.

6. *Recuerdos del Buenos Aires virreynal*, Liniers de Estrada, Buenos Aires, 1953.